
Recensión: Graciano González R. Arnaiz, *Bioética y biopolítica. Aproximaciones desde el trans/posthumanismo*. Comares, Granada, 2021, 146 pp.*

JOSÉ ALEJANDRO LÓPEZ ESPINOSA¹

Palabras clave: bioética, biopolítica, naturalización, continuum trans/posthumanista, vida.

Keywords: Bioethics, Biopolitics, naturalization, continuum trans/posthumanist, life.

Los setenta fue una década marcada por eventos políticos y avances tecnológicos. Entre los acontecimientos más destacables, podríamos citar el nacimiento del niño probeta o la fundación de Apple y Microsoft. Pero también supuso un tiempo de evolución y progresión teóricas con la formulación y la consolidación de dos corrientes filosóficas como fueron la biopolítica y la bioética. Efectivamente, la vida empezaba a ser una categoría central del pensamiento filosófico, pero también, de una serie de nuevas ciencias que prometían mejorar nuestras condiciones vitales alimentadas por fantasías varias como la superación de la muerte, clonaciones e intervenciones genéticas o la modulación de una nueva sociedad compartida con máquinas autónomas e inteligentes. Resulta palmario, que a pesar de haber transcurrido casi medio siglo, todavía sigamos imbuidos en problemáticas y aspiraciones muy afines a las de aquel momento.

En *Bioética y biopolítica. Aproximaciones desde el trans/posthumanismo*, con su autor Graciano GONZÁLEZ R. ARNAIZ, catedrático de Ética de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, nos adentramos en una cartografía por las principales reflexiones circundantes a la cuestión de qué es el ser humano y de las implicaciones que derivan sus posibles respuestas en el campo de la bioética y de la biopolítica. Una pregunta que se ve profundamente alterada ante las pretensiones de modificación y alteración genética y corporal recientes. De hecho, motivada por esas aspiraciones, la reflexión filosófica parece

* Fecha de recepción: 1/11/2022 – Fecha de aceptación: 24/03/2023. Cita recomendada: LÓPEZ ESPINOSA, J. A. (2024). Recensión: Graciano González R. Arnaiz, *Bioética y biopolítica. Aproximaciones desde el trans/posthumanismo*, Comares, Granada, 2021, 146 pp., *Bioderecho.es* (17), 1-4.

<https://doi.org/10.6018/bioderecho.612521>

¹ Investigador predoctoral en Centro de Estudios de Bioderecho, Ética y Salud (CEBES), Universidad de Murcia. Correo: josealejandro.lopeze@um.es



abandonar a la bioética en tanto que una de las últimas grandes especulaciones sobre la vida y nuestros cuerpos, a una disciplina de reciente cuño pero que prosigue la estela de los valores y principios éticos compartidos por nuestras sociedades occidentales. Como decía, la filosofía parece abandonar a la bioética para articularse en plena biopolítica como análisis crítico de cómo el poder accede, intercede y articula nuestras vidas y nuestros cuerpos. Se conformaría, pues, una especie de rivalidad por un mismo término, a pesar de su distinta significación y consideración.

Una tendencia y una *disputa* epistemológicas que, según Graciano González, siendo bandera de dos nuevas “filosofías de moda”, el transhumanismo y el posthumanismo, realmente participan de otro proceso de mayor envergadura que recorre a toda la ética, esto es, su “naturalización”. La naturalización, eje vertebrador de toda la obra, consiste en la importación de razonamientos, conceptos y teorías provenientes de las ciencias naturales y empíricas. Por ello, aunque ambas teorías filosóficas antes señaladas se recubran de científicidad, innovación y autonomismo hunden sus raíces y participan en un largo devenir que ya podemos prefigurar el *zoon politikon* aristotélico o en el dualismo cartesiano mente-cuerpo. Por esta característica común, y a pesar de diferir en su objetivo último, ya sea como mejoramiento radical de nuestras capacidades o como un progreso total hacia un nuevo ser viviente que no se identifique con *lo humano*, ambas son aglutinadas por el autor del ensayo bajo el sintagma “*continuum trans/posthumanista*”. Tanto una como otra se encuentran imbuidas en la posibilidad y la defensa de la intervención y modificación de nuestro cuerpo y mente (cerebro) en grado sumo y dejando de lado sus clásicas preocupaciones y consideraciones morales.

Por todo lo anterior, se comprende que el ensayo de Graciano González nos puede aportar una visión general de la discusión científica y teórica que gira en torno al *bíos* o hecho de la vida. Debate que exige previamente dilucidar qué es aquello a lo que llamamos “humano”, que se postula como sujeto y objeto de estudio y que se busca superar. Pero hacerlo supone seguir el viejo camino pautado por la filosofía ante problemáticas nociones como naturaleza y teleología o *physis* y *techné*, entre otras. Porque por muchos esfuerzos que se hayan realizado desde el transhumanismo y el posthumanismo, y desde las diferentes ciencias implicadas e imbuidas en ellas, todos sus conceptos y sus planteamientos son herederos de esa larga tradición de pensamiento ético-filosófico arraigado en el fondo de nuestro pensamiento occidental.

En definitiva, la merma perpetuada intencionalmente sobre la legitimidad de la tradición filosófica, con sus viejos conceptos, por una ciencia que devuelve una imagen apeteciblemente mejorable del ser humano, supone que, lo más sensato, sería el abandono del campo ético por una aproximación distinta como puede ser la biopolítica. Aceptar este designio dentro de la filosofía sería perpetuar inconsciente y acríticamente el naturalismo que cada vez tiene mayor peso en la ética y que peligra con su suspensión. Nos encontramos en un contexto donde se señala que la investigación científica disocia el concepto “vida” de la acción moral y de su posibilidad y se reduce a hallar el origen y la magnitud de los procesos cognitivos. Algo *natural* si todo lo que hay detrás de nuestros actos y pensamientos vendrían a ser inputs neuronales y un compendio de procesos, elementos y estructuras físicas, químicas y fisiológicas que los *determinan*. Lo que sorprendente y ocultamente se carga de un plumazo criterios éticos básicos y compartidos por todos como el de la libertad.

Para comprender más concretamente cómo se reproduce esta tendencia a la naturalización de la ética, Graciano González nos expone el caso del biomejoramiento moral. Nadie dudaría en la búsqueda por alcanzar una nueva y mejorada moralidad, un modo de comportarse más humanamente, pero ¿lo harían a sabiendas de que una propuesta así esconde una imposición y monopolio de una determinada moralidad, de una determinada forma de entender la vida buena y la dignidad del ‘hombre’? En contrapartida, también podemos hallar un

esfuerzo ético-normativo entre profesionales de diversa índole (científicos, investigadores yeticistas) que aboga por la prudencia, la responsabilidad y la justicia social. Efectivamente, la obra de Graciano González no resulta ninguna demonización contra la ciencia y la tecnología sino de un acercamiento ético de lo que acontece en ella, observando y apreciando también la misión garantista de una serie de principios éticos compartidos para evitar la perversión y el mal uso de técnicas, métodos y praxis científico-técnicas.

No obstante, una ética así resultaría insuficiente para evitar males y perjuicios ya que sus representantes acaban presuponiendo que el ser humano se comporta según la disposición de una estructura fisiológica concreta que, como resultado, desencadenan unas acciones y comportamientos predeterminados, esto es, los inputs y conexiones neuronales que anteriormente hemos señalado y que la neurociencia dictamina. Así, una buena disposición para la intervención de nuestra estructura cognitiva o corporal no basta como premisa deontológica y ética si se continúa perpetuando un olvido contra lo que la ética es capaz realmente de ilustrarnos: que podemos actuar libremente, que tenemos capacidad de decisión y que podemos y debemos ser conscientes de ello.

Conviene recalcar la idea de que el presente ensayo no supone ninguna intempestiva contra los avances y descubrimientos de las biotecnologías y de su influencia en el saber ético. Porque su autor valora y toma en cuenta los conocimientos, las técnicas y los avances científicos y tecnológicos actuales. Ciencia y ética no tendrían porque ser opuestas o estar enfrentadas sino que pueden nutrirse mutuamente. Al igual que la ciencia contribuye a despejar incógnitas sobre nuestro mundo y sobre lo que somos, también plantea retos y desafíos donde reavivan continuamente las grandes preguntas de la ética: “¿qué queremos ser? y ¿adónde queremos dirigirnos?”.

Por todo lo anterior, el texto de Graciano González no es ingenuo de su contexto al afrontar directamente esa naturalización de la ética y su consecuente intento de superación del discurso ético-moral. Un texto, consciente, además, de que tanto el transhumanismo como el posthumanismo abogan por una intervención tecnológica que repercute en nuestra visión del vivir, y no como una mera aplicación anecdótica de conocimientos y prácticas científicas. Una obra que recoge las diferentes intervenciones de disciplinas y teorías en un diálogo amplio y diverso que pone de manifiesto una ‘voluntad de poder’ que busca controlar y aumentar su dominio incidiendo en nuestro vivir, como seres humanos que somos, a través de la modificación de nuestros cuerpos.

Poder afirmar una tesis como la anterior, sólo es posible tras la lectura de la parte final de esta obra de Graciano González donde expone el auxilio y la complementariedad que puede ofrecer la biopolítica para la bioética. Sólo ella nos permite desvelar y comprender el papel de los nuevos saberes científicos, en cualquiera de sus variantes, contribuyentes al estudio y articulación de la vida humana. Sólo ella nos muestra lúcidamente el tránsito de un concepto de vida con tintes naturales y teleológicos a una visión de carácter semi-artificial y como material de intervención y modificación. Sólo ella nos permite vislumbrar cómo todo lo anterior afecta además a nuestras “formas de subjetivación” y a nuestra convivencia política, dicho más claramente, al modo en el que nos concebimos y nos proyectamos.

En conclusión, Graciano González nos muestra toda una problemática que requiere para su estudio y su comprensión crítica la unión de dos corrientes, que si bien tomaban el mismo objeto de estudio, apenas establecían puentes de unión entre ellas. Sólo así, podemos evidenciar y reconocer el componente social, normativo e histórico de la práctica científica e investigadora; y comprender de manera conjunta y participativa qué podemos entender por vida o ser humano. Sólo así, también, podemos reconocer el carácter histórico y la variabilidad de las fronteras y de las preocupaciones de amplios campos de estudio como el filosófico, el jurídico, el político, el

moral... Y poner de relieve cómo las nuevas formas de saber (las biotecnologías y las ciencias de la vida) llevan aparejadas técnicas y presupuestos teóricos que se cristalizan en medidas políticas que inciden en cómo nos vemos y cómo nos entendemos a nosotros mismos y al resto.